



VISTA DE LA JUNQUERA.

La Junquera es una población española, situada en la parte oriental de los Pirineos, á corta distancia del cabo Creus y del fuerte de Bellegarde. En otro tiempo era un pantano, como lo indica su nombre *Junquera*, esto es, sitio lleno de juncos.

La humedad desapareció hace muchos años de aquel suelo, reemplazándola una agradable frescura que conservan inalterable los altos montes inmediatos, cubiertos de verde, los bosques de encinas y de nogales, y un torrente llamado Llobregat, como el otro cuyas aguas se pierden cerca del puerto de Barcelona. A orillas de dicho torrente se extiende una calle larga: es la población entera, que apenas se compone de novecientos habitantes. Aquel villorrio, tan laborioso como cualquiera de los grandes centros industriales, no conoce la miseria ni la perjudicial disipación de las ciudades. Se recolecta allí la nuez y el corcho, con el cual hacen taponos los naturales, y los embarcan: los barcos del cabo de la *Sesla de Abaix* ó de Cadaques, trasportan estas mercancías á Barcelona, de donde salen para todas las naciones marítimas del globo. Un puente de piedra, una antigua torre y una iglesia pequeña son los únicos monumentos públicos de la Junquera. El bienestar no ha producido hasta ahora en aquel punto ni lujo ni orgullo. Todos se contentan con ser sencillamente dichosos.

GRANDE HOSPITAL DE SANTIAGO.

El siguiente documento, cuyo original existe en el antiguo archivo de este establecimiento (1), puede servir de explicación para determinar el sistema higiénico y arquitectónico empleado en la fábrica del grande hospital de Santiago. En sus cláusulas se echa de ver, no solo una minuciosa regularidad, sino también una aplicación inteligente

(1) Mazo I, núm. 6.

de los principios científicos que se tenían en cuenta en el siglo XVI para aumentar la salubridad y buena distribución de las enfermerías y hospederías.

Este documento importante, cuya copia debemos á nuestro apreciable amigo y colaborador señor Neira de Mosquera, es una página histórica y científica á la vez, porque resume los principios de la ciencia y del arte eslabonándolos entre sí. El sistema de construcción, la manera de apropiar los terrenos necesarios para la fábrica, la regularidad artística de los detalles, la clasificación de las piezas interiores, la aplicación de los sistemas empleados en los hospitales del Rey y Guadalupe, y la circulación de los elementos necesarios para sostener una temperatura que no afectase el estado morbozo ó empeorase al convalescente, se encuentran reunidos y agrupados en este inteligente directorio, escrito antes de que se hubiesen reducido á ciencia las importantes aplicaciones de la higiene.

Con esta ocasión presentamos á nuestros lectores una copia exacta de las firmas de los Reyes Católicos, según aparecen en la carta de poder dada por D. Fernando y Doña Isabel al dean de Santiago Don Diego de Moros, en Madrid á 3 de mayo de 1499, para la construcción de este hospital central de Galicia (1).

La forma que el Rey e la Reina nuestros señores mandan que se tenga en la obra del hospital de Santiago, es la siguiente.

Primeramente, que en la compra de los suelos e tierras que se han de hacer para el edificio del hospital, e en los precios e en todo lo á esto tocante, se haga con consejo e parecer del gobernador Hernando de Vega.

Item, que en lo que tocare á la obra e edificio del hospital, e á los elegimientos e encañamientos, e en el tamaño e altura, e en todos los

(1) En el apéndice X, pag. 208 y siguientes de las *MORCILLAS DE SANTIAGO*, se ha publicado una copia literal de este curioso e importante manuscrito.

apostentamientos e otras oficinas que se ovieren de hacer, que todo se haga al consejo e parecer de maestro Gas, ó de maestro Enrique su hermano, e así mismo del dicho gobernador conforme á la traza que sus Altezas de acá envían.

Item, quanto toca á dar la obra á destajo ó por jornal en parte ó en todo, que así mismo se siga el parecer e consejo del dicho gobernador e de uno de los dos maestros.

Item, mandan sus Altezas que la cantería se haga desta manera: La delantera principal del hospital que sea de canto picado, e su sillera bien puesta con su cal e arena, como se hace para la iglesia de Santiago.

Item, que las otras aceras del hospital e de la parte de dentro sea mampostería con cal e arena, ó como mejor pareciere á nuestro Enrique, vistos los materiales de la tierra, con tanto que las paredes se hagan buenas ó recias e bien cimentadas, e á vista del gobernador.

Otro sí, que las portadas sean muy gentiles e bien obradas, e que las armas reales se pongan en los logares que parecieren á cualquier de los dichos maestros juntamente con Hernando de Vega.

Otro sí, que se ponga una ó dos piedras con sus letras bien puestas en gloria e alabanza de Dios y de Nuestra Señora, y del Apostol Santiago, Patron de las Españas, e memoria de los fundadores, segun que las ordenare el Dean de Santiago.

Otro sí, que los maderamientos sean muy bien labrados e recios, e sin pintura ni oro alguno, sino todo blanco e muy bien fecho, excepto en las capillas, las cuales se fagan e pinten e doren al parecer del dicho maestro Enrique e maestro Gas, juntamente con el dicho gobernador.

Otro sí, que la casa sea bien provehida de chimeneas en los logares que convengan al parecer de uno de los dichos dos maestros, e que las cocinas sean fechas de manera que del fuego de las chimeneas puedan guisar en otros aposentos, digo apartamientos, como lo hace en Guadalupe e en el hospital del Rey, con tanto que las chimeneas se fagan sobre pared maciza, e que no toque madera ninguna en las chimeneas por amor del fuego; y en toda la casa en los logares convenientes se pongan las armas reales.

Otro sí, mandan sus Altezas que los tejados se fagan bien guarnecidos e fortalecidos lo mejor que se podrá de su cal e betun, como esten bien guardados del agua e del aire.

Otro sí, mandan sus Altezas que se haga el edificio de tal manera que al patio suban por cinco ó seis escalones de cantería de

esquina á esquina, porque esto hace la casa mas alegre e mas sana.

Item, que el apostentamiento alto e bajo sea todo igual e de un marco sin que uno suba mas que otro.

Item, que las ventanas e puertas sean muy bien labradas e juntas como en Aragon, porque no entre el aire por ellas.

Item, que el maderamiento de los desvanes cerca del tejado sea muy recio e firme, como si oviese de recibir mas cargo del tejado.

Item, que demás de los apostentamientos principales, e de las otras oficinas e piezas que van señaladas en la traza, que se agan e señalen piezas para graneros e bodegas, e para tener harina e amasar, e para leña, e despensas, e hotellerías, para los otros bastimentos necesarios á tal casa e edificio; item cámaras para los capellanes.

Item, que el suelo de los dormitorios e cámaras bajas sea solado de buenos vigones recios de roble, porque sea mas guardado de la humedad.

Otro sí, que el pavimento de la casa e todos los patios sean solados de losas bien labradas.

Otro sí, que se procure con diligencia como venga agua á la casa del dicho hospital, e principalmente á cada uno de los dos patios su fuente, e que de allí se reparta e derive para las cocinas e latrinas, e otros logares necesarios á los maestros.

Otro sí, que se deje lugar conveniente para que puedan hacer una huerta ó vergel en los logares donde mejor verràá (al margen dice: Dos vargeles, uno á la parte de las mugeres y otro á la parte de los hombres).

Otro sí, que se procure que la casa sea provehida en abundancia de corrales en los logares donde convenga.

Otro sí, mandan sus Altezas que ante todas cosas se tome una ó dos casas cerca de donde se ha de hacer el edificio principal, e que se provea con diligencia como se fagan ochenta ó cien camas en que puedan caber doscientas personas, dos en cada cama, e se encomienden á tales personas que tengan cargo de las dichas casas e camas, e sirvan los peregrinos, e se les de su razonable salario.

Item, que se de orden como se haga un campanario en la capilla principal del hospital, y su campana para él.

Item, que se compre lugar para hacer el cementerio lo mas cerca que ser pudiere del hospital.

Así lo mandaron sus Altezas que se hiciese como aquí va escrito en esta mapa! (Hay una firma de la que solo se entiende el nombre, BARCELONÉ, pero no el apellido).

Yo la Reyna.—Facsimile de Doña Isabel la Católica en 1499.

Yo Fernando.—Facsimile de D. Fernando V en 1499.

CREO EN LA VIRTUD.

En ningún tiempo ha estado tan en boga como en esta el precepto de Sto. Tomás. No parece sino que el bendito santo estaba pensando en el siglo XIX cuando se le ocurrió semejante idea. La incredulidad ha venido á ser la base fundamental de nuestros sentimientos y de nuestras acciones. Por convicción ó por moda se duda de todo. La amistad, el amor y la virtud son nombres y nada más que nombres, cuya significación serían una sonrisa de desdén á toda persona que intentase pasar como conocedora del mundo.

Ya no hay amigos! Si alguno quisiese probar que la amistad existe entre nosotros llena de abnegación y de pureza, no sería creído por los demás y se lo tendería por un tonto.

Tampoco hay amor! En los cafés, en los teatros y en las tertulias se tiene esto por una verdad incontestable, y ninguno hay tan temerario que se atreva á desmentir la opinión general.

En cuanto á la virtud... ¿quién cree ya en ella? El hombre que en la época presente tiene la pretensión de defender la virtud de una mujer, es un ente ridículo.

Ver esa juventud ilustrada que invade los paseos, los cafés y los teatros; preguntada si cree en la amistad, en el amor y en la virtud, y os contestará sin titubear que no.

La incredulidad ha penetrado vestida con nuevas formas todas las afecciones de la vida. llamando crédito á la amistad, al amor especulación, y á la virtud hipocresía.

Sin embargo y á pesar de la duda que ha venido á entronizarse en nuestros corazones, la amistad existe, y pura y acrisolada y noble viene á consolarnos en las mayores aflicciones de la vida; y el amor embellece nuestra existencia llena de miserias y de dolores, y la virtud se ostenta á nuestros ojos con todo el esplendor de su pureza. Tal vez tú, mi querido lector, al recorrer estas líneas, si es que tienes paciencia para ellas, pienses como yo, por más que la moda te haga esclamar en los cafés con tono de superioridad, que solamente los necios son los que creen todavía en el amor, en la amistad y en la virtud.

Para convencerte de que la virtud existe en medio de esta sociedad descreída, y lo que es más aun, que existe en la mujer, voy á referirte un lance que te aconteció á mi amigo mió; hombre que á fuerza de sufrir desengaños se ha convertido en uno de los más acérrimos apóstoles de la incredulidad.

La última vez que tuve el gusto de verle, el primer saludo que me dirigió fueron estas consoladoras palabras: — ¡Cree en la virtud. — Me alegro infinito, le contesté yo que he llegado de tener creencias, y que por lo mismo encuentro un placer cuando los demás las conservan; con seguida le pregunté el motivo de su repentina conversión, y él, después de haber tomado asiento á mi lado, empezó á expresarse en estos términos:

— Hará como cosa de dos meses y medio que me paseaba yo por la calle del Príncipe, sin saber cómo matar el tiempo, cosa que, esa dicha de paso, no te sorprenderá, porque á nosotros los españoles nos suele molestar esto con demasiada frecuencia. Era un poco después de anochecer; caminaba sin rumbo cierto, parándome una vez á mirar los objetos de lujo que hay colocados detrás de los cristales de las tiendas, y entreteníendome otras en observar el aire marcial de ciertas hijas de Eva, que á semejantes horas suelen tomar el fresco por dicha calle. Estando ocupado con estas observaciones, acerté á cruzar por delante de mí una joven como de unos diez y siete años: su aire era modesto, iba sola, y notando yo, con ese conocimiento que da la práctica, en su modo de vestir y en su manera de andar, que no pertenecía al género de mujeres de vida airada, me decidí á seguirla.

Al momento, como te habrá sucedido á tí en algun caso parecido, me forjé en mi imaginación una aventura amorosa, y sospeché que mi buena estrella me deparaba una de esas conquistas fáciles que tanto suelen abundar en las calles de esta coronada villa. Tomé pues el aire más seductor que pude, me arreglé el cuello de la camisa, y jadeándome el sombrero, como hacen los caballeros, empecé á taconear á su lado, agitando mi baston con aire conquistador.

Aun no habíamos llegado al final de la calle del Príncipe, cuando empecé á notar con disgusto que no lograba con mi galante maniobra llamar su atención. Conlieso francamente que mi autor propio empezó á resentirse, y traté de fijarla de un modo más directo, para lo cual empecé á silbarla casi al oído el aria sentimental de la Luiza.

Al ver que esta segunda manifestación no surtió efecto, mi impaciencia llegó á su colmo, y al llegar á la entrada de la calle de Atocha traté de aventurar un requiebro.

Aquí me voy precisado á hacer una digresión para confesarte mi torpeza en materia de requiebros. — Bonito talle... bonitos ojos... bonito pie... esto se le ocurre á cualquiera, y esto fué precisamente lo que á mí se me ocurrió, pero lo rechazé por trivial y gastado.

A todo esto ya empezaba á hacerse ridícula mi posición; habíamos atravesado en silencio la plazuela de Anton Martín, y entrábamos en la calle de la Magdalena. Dispuesto entonces á todo (cruce á entablar conversación con ella, la lancé á boca de jarro esta pregunta.

— ¿Adónde va V. tan solita? Requiebro atrás, tan falta de gracia como sobrado de impolítica; pero ya le había soltado, y era preciso solemnemente á toda trance. Entonces fué cuando ella, como si despertase de un sueño profundo, fijó en mí sus ojos, y me contestó estas palabras: — No lo sé.

Esta respuesta no fué pronunciada ni con desprecio ni con ira; su acento era el de la más completa sinceridad... el de la convicción más profunda... me pareció que una idea dolorosa absorbía todas las facultades de su alma, y que en vez de responder á mi pregunta contestaba al sentimiento inferior de que estaba poseída. Se hallaba como sumergida en una especie de somnambulismo doloroso. Empecé á conocer mi indiscreción, y habuéce una excusa; pero interesado vivamente en su dolor la pregunté quién la había obligado á salir de su casa de aquel modo.

— La miseria, me contestó sin atreverse á levantar la vista.

No puedo explicarte lo que en aquel momento pasó por mí: todos mis proyectos de galantería se helaron, y la más viva compasión se apoderó de mi alma. Observé su semblante, y le hallé pálido... descarnado... y advertí que por sus mejillas se deslizaba una lágrima. Llevé entonces involuntariamente la mano al bolsillo, pero me contuvo el temor de humillarme dándole una limosna. Ella lo comprendió, y se alejó apresuradamente; en tanto que yo, dominado por la compasión y el respeto, permanecí inmóvil y casi avergonzado de los pensamientos que al verla salir delante de mí había concebido.

Cuando, repuesto ya de mis primeras emociones, intenté seguirla, ya había desaparecido de mi vista, y no me fué posible saber la dirección que había tomado.

¡Qué de tristes reflexiones se agolparon entonces á mi mente! ¡Aquella mujer tan joven y tan desgraciada! ¡Aquella niña presa de la horrible miseria, lanzada por la mano cruel de su destino en medio de una sociedad egoísta, que en vez de aliviar el dolor, está siempre dispuesta á esplotar la pobreza! ¡Aquel ser débil y tímido luchando contra los escollos de la miseria!

Algo me hallaba yo con estas tristes ideas, cuando el insolente grito de un cochero me vino á sacar bruscamente de mi doloroso letargo, anunciándome que me retirara si no quería ser apodado. Ya era tiempo, pues á pesar de la prisa con que lo hice, sentí en el rostro el resoplido caliente de los caballos. Esté visto, dije yo aproximándome á la acera, no se deben hacer reflexiones filosóficas en medio de las calles de Madrid.

Al pasar por debajo de una ventana de la calle de Relatores, al sonar la campana de un reloj de sala, y esto me recordó que aquella noche tenía que ir al Teatro-Real á oír cantar á la Alhoni la *Generosidad*.

¡Oh prodigiosa flexibilidad del pensamiento humano! Yo, que pocos momentos antes me hallaba sumergido en una dolorosa meditación, merced al ruido del cochero, que me hizo aproximar á la acera, para que desde allí oyese el reloj de sala, me dirigía ahora á paso redoblado al teatro, recitando aquel excelente terceto de mi buen amigo D. Florentino Sans:

Teatro-Real, entre edificios reales;

Ya nos dirá una suma lo que coeestas,

Ya nos dirá otra suma lo que vales.

Llegué al teatro al alzarse el telón, y después de colorado en mi asiento, cuando empecé á recorrer con la vista el lujo deslumbrante que en él reinaba, cuando calculé los sueldos escasos que se dan á los cantantes, y consideré que con los inmensos capitales que allí se han invertido, se podía haber amparado la miseria de tantas familias desgraciadas, un sentimiento de indignación se apoderó de mí, y regresé á mi casa con el ánimo contrastado, porque toda aquella insolente grandeza que se había de presenciar, no era otra cosa que un insulto y un sarcasmo sangriento á la miseria pública. Volví á recordar á la infeliz joven que había visto pocas horas antes, y me hirió en el corazón aquel contraste.

Á la noche siguiente volví á pasearme por la calle del Príncipe, por ver si la casualidad me proporcionaba el consuelo de encontrar otra vez á aquella infeliz, cuya imagen tenía tan presente. En vano estuve esperándola largo rato; no tuve el consuelo de verla, ni la satisfacción de aliviar en nada su desgraciada suerte.

Dos días después de este acontecimiento, las gacetas de los periódicos anunciaban la muerte de una joven de diez y siete años que se había suicidado después de haber visto espirar á su anciano padre en la última miseria. Apenas concluí de leer el funesto anuncio me dirigí á la capilla del hospital, que es donde se expone al público los cadáveres de los suicidas, porque una voz secreta me decía que aquella desgraciada era la misma que yo había visto hacia dos noches.

No me engañaba. La infeliz, después de haber estado luchando

valerosamente contra los horrores de la miseria, al verse espuesta á ser juguete de la perfidia del mundo, quiso llevar intacta á su sepulcro su corona de virtud, y prefirió la muerte á la deshonra.

De este modo concluyó mi amigo su relato, asegurándome nuevamente al despedirse, que creía en la virtud.

JUAN DE LA ROSA.

PUENTE Y ARCOS DE SAINT-CHAMAS.

La pequeña ciudad de Saint-Chamas, que pertenece al departamento de las Bouches-du-Rhône, posee un precioso monumento de antigüedad romana: hablamos del puente Flavien y de los arcos colocados á sus dos estremidades, que se cree han sido elevados como monumento triunfal.

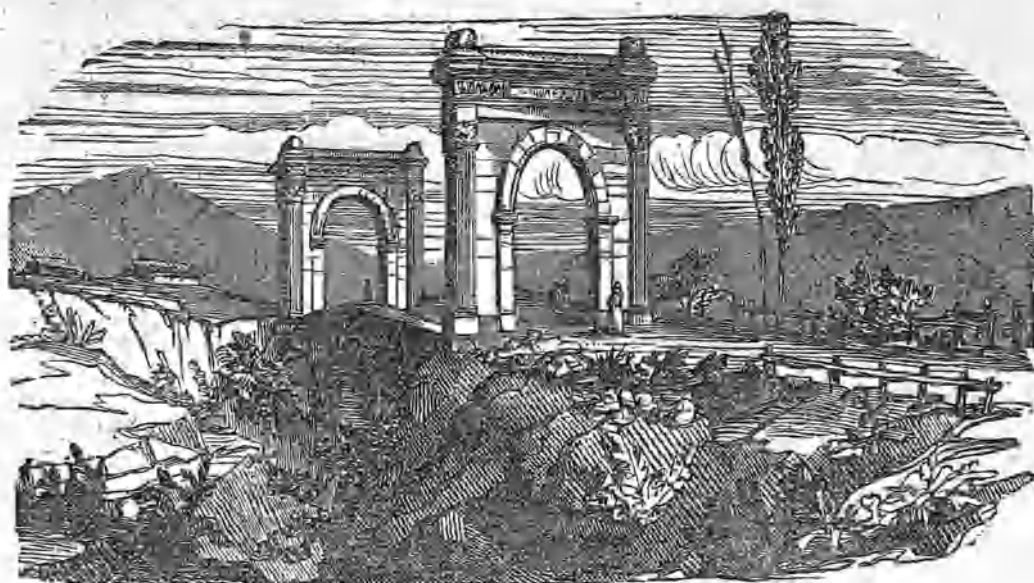
Este puente está construido sobre el Touloubre, en el sitio donde este río atraviesa el antiguo camino de Aurelia, que aun conduce desde Arles á Aix. Tiene veintinueve metros y cuarenta centímetros de longitud,

seis metros y veinte centímetros de latitud; los dos arcos que adornan sus estremidades tienen siete metros de altura. Los pies derechos están acompañados de pilastras acanaladas, de orden corintio; estas pilastras vienen á adornar las fachadas laterales; el cornisamento tiene á cada estremidad un lion. El friso de las fachadas exteriores tiene en su centro la inscripción siguiente:

G. DONNVS. C. P. FLAVVS. FLAVVS. ROMANVS. ET AVGVSTI.
TESTAMENTO. FERREI IVSSIT. ARBITRATV.
C. DONNEI. VENAE. ET. C. ATTEI. RVFEL.

(Cayo Donio Flavio, hijo de Cayo, Flamina de Roma y de Augusto, mandó por testamento que se edificasen [este puente y estos arcos] bajo la dirección de C. Donio Vena y de C. Atio Rufo.)

El puerto de Saint-Chamas está formado por dos muelles, y consiste en un fondeadero de cincuenta y nueve metros de longitud por treinta y cinco de latitud, que comunica con el estanque de Barré por medio de un canal de ochenta metros de longitud por diez y ocho de latitud. Es frecuentado por algunos barcos pequeños, por tartanas del río Gones y por gabarras de Arles que van á cargar de pólvora, harinas, vinos, aceite y otros productos del país.



(Puente y arcos de Saint-Chamas.)

CAUSAS Y EFECTOS.

(Meditación clásico-romántica.)

Se ha dicho que los grandes acontecimientos suelen tener por origen una causa muy pequeña.

Se ha demostrado que en todas las acciones, buenas ó malas, detrás del falso motivo aparente, se oculta otro verdadero, que no siempre nos es dado confiar á los demás.

¿Es este un bien ó un mal?

No lo sé; pero si al primer golpe de vista pudiésemos penetrar en el fondo de las cosas y ver los elementos constitutivos, el principio vital que las sostiene, no por el prisma de nuestra ignorancia ó de nuestras ilusiones, sino al través de la realidad, el mundo físico y el mundo moral perderían todo su encanto, y lo mismo que hoy nos atrae, nos fascina y seduce, nos inspiraría tedio y repugnancia in vencible.

¿Quién duda que á cada paso descifraría el hombre un enigma, pero que desnudo de ese instinto ciego, de esa incertidumbre en que flota su espíritu, y de esa fuerza misteriosa de atracción que Dios ha impreso á la materia, superiores al cálculo y á la voluntad humana, acabaría por aniquilarse y aniquilar la especie, por despreciarse y despreciar á los demás?

Esé fatal poder sería para la humanidad el suplicio de Prometeo: llevaría dentro de sus entrañas el báltr que se las royese continuamente.

¿Queréis que os lo demuestre con algunos ejemplos?

Imaginaos por un instante el efecto que le produciría al hombre menos asegurado de incendios, la mujer mas hermosa, si estuviese dotado de la facultad de observar al través de su piel rosada y tras-

parente, el juego de la economía de sus diversos órganos, y decidme luego si no hubria del bello sexo (que otros llaman insoponible) como el diablo de la cruz; y si ellas no imitarían nuestro ejemplo, aunque es de presumir que entonces, solo por espíritu de contradicción, nos perseguirían como la muger de Pulifar al pobrecito José.

¡Adios el amor! Emanacion purísima de Dios, centella divina del fuego celeste. *A spark of that immortal fire, etc.*

Si nos apercihiésemos del mismo fenómeno en los animales, y al sentarnos á la mesa recordásemos por cualquier circunstancia que las semillas se corrompen antes de germinar, y que las frutas y hortalizas han sido regadas con ciertas aguas (que no son de rosa ni azahar), ¿no se nos sublevaría el estómago ante la carne y los productos de la agricultura?

¡Adios gastronomía! sosten y delicia de la máquina corpórea.

Al indagar la causa de esa propension innata en los niños (y en los hombres) de hacer lo contrario de lo que se les manda y á destruir cuanto cae en sus manos, ¿no sentiríamos un impulso irresistible de estrellarlos contra la pared para curarlos homeopáticamente de su perversa inclinación?

¡Adios la familia! piedra angular del edificio social.

Los propietarios á quienes las contribuciones absorben todas sus rentas, y los que nada tienen, convencidos por una larga experiencia de que de la nada no puede salir nada, y de la gran dificultad de labrarse una fortuna por los medios puramente legales, ¿no tendrían derecho para convertirse en *prud'hommes*?

¡Adios la propiedad! base, etc.

¿Quién al echar una ojeada sobre la historia, al ver ese círculo vicioso que describe eternamente la humanidad, no se sentiría inclinado á creer que bajo cualquier forma de gobierno, á menos que se conviertan los hombres en ángeles, ha de haber lucha eterna de principios, de ideas é intereses, oprimidos y opresores, lobos y corderos, explotadores y explotados? ¿Y quién en vista de la experiencia de los

stados no proclamaría en buena lógica como el mejor sistema de gobierno aquel en que todos manden y ninguno obedezca?

¡Adios autoridad! primera condicion de existencia para las sociedades humanas.

Si nunca nos dejásemos arrastrar de nuestra propension á abusar de todo, si en los instantes de mayor embriaguez comprendiésemos cómo y por qué cada placer satisfecho, cuanto mas intenso y vehemente, es un veneno tanto mas activo que gasta con doble velocidad los débiles resortes de nuestra frágil existencia, esa idea sola, ¿no cambiaría el deleite en martirio y emponzoñaría la fuente de todos nuestros gozes?

¡Adios placeres!

El que sepa las condiciones que debe reunir un buen amigo, y llegase á convencerse que el encontrar uno verdadero es tan raro como los esqueletos de los antiguos mamouth y mastodontes, ¿no se consideraría autorizada para mandar borrar esa palabra del Diccionario, ó colocarla, como otras muchas, en la categoria de las anti-diluvianas?

¡Adios amistad! el mas dulce de los afectos despues del amor.

Si es cierto, como pretenden autores muy respetables, que la configuración del cráneo ó la fuerza de los juegos gástricos del estómago, son las únicas causas de la mayor ó menor inteligencia de los hombres, ¿á quién no arrojaría una sonrisa de desprecio una inteligencia que resultase un origen tan mezquino, basada en tan despreciables elementos?

¡Adios aristocracia del talento! ¡Adios genio, reflejo de la divinidad! ¡Adios el entusiasmo y admiracion que inspiran los grandes hombres!

El que aydo de luz y verdad interrogase á la ciencia sobre los puntos que mas interesan al hombre en su vida presente y futura, al hojear los libros de los sabios y al oír sus respuestas tan ambiguas como contradictorias y presuntuosas, ¿no haría muy bien en repetir con los latinos, con Hamlet y Goethe: *Nihil scitur; palabras, palabras y nada mas que palabras; ¡ay! para saber algo seria preciso saberlo todo!*

¡Adios amor al estudio, á las luces (que son tinieblas) y al progreso indefinido de nuestra especie!

Por último, si los que no están contentos con su suerte, que son la mayor parte, considerasen que entre el sueño, los disgustos, las enfermedades, la satisfacción de sus necesidades puramente materiales, y en tonterías de todo género van gastando eso que se llama vida, sin que logren algunos contar en toda ella al tenerla dos ó tres dias de felicidad completa, ¿no deducirían, á la Werther, que no habiendo pedido el hombre una cosa tan insustancial ó insípida, nadie tiene derecho á exigirle que la conserve á pesar suyo?... Y roto el vínculo que el Cristianismo revela entre el creador y su criatura, ¿no se vería á las novecientas noventa y nueve milésimas partes de la especie humana heridas de un vértigo satánico, acudir en masa (y no de pau) á la pistola, al puñal, al cañon, á la resistencia (tirarse de los balcones), á la *fasforizacion*, á la perforacion, á la inmersión, á la combustión, á la intromisión, á la intoxicacion, á la estrangulacion... á todo lo que pudiese liberarlas del peso de la vida!...

¡Adios religion, fuente de todo bien y consuelo! ¡Adios fé, esperanza y caridad! lo poco que de ellas queda, se entiende.

Considerad ¡oh lectores! tan capgirones como el que esto escribe, hasta donde puede arrastrarnos el deseo immoderado de querer averiguarlo todo, hasta el *subido*! Y no extrañéis, por consiguiente, que horripilado de los efectos que de tales causas se desprenden, cierre aquí este artículo, haciéndos una pregunta que en mas de una ocasion me he hecho á mi propio, sin acertar á resolverla de un modo satisfactorio.

Si el *vipede lapinme*, llamado hombre, siendo tan ignorante y de tan limitado poder es tan bueno generalmente hablando, ¿qué sería cuando lo supiese y pudiese todo? ¿Se transformaría en un ángel ó en un demonio?

Dejo al buen juicio de mis lectores la solucion de este grave problema, y ruego á cada uno de ellos, que posada la mano sobre el corazón, me conteste segun lo que sienta dentro de sí.

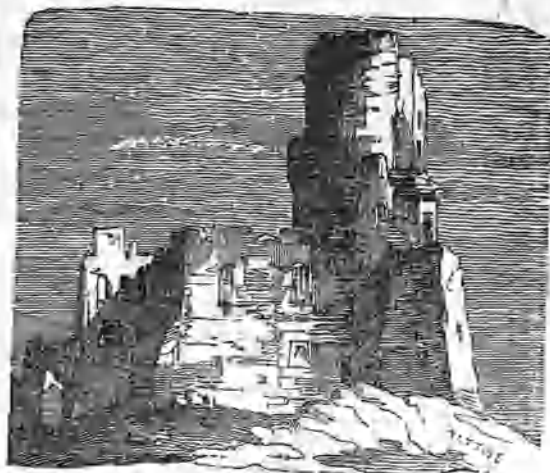
A. MAGARIÑOS GERVANTES.

CASTILLO DE TOURNOEL.

Este castillo es una dependencia del camun de Volvic, departamento de Puy-de-Domé. Esta fortaleza, casi desmantelada en el día, ha conservado su castillejo y algunas viejas torrecillas fijadas sobre las rocas. Un sendero sinuoso conduce hasta la puerta principal; á la derecha se deja una torrecilla que debió ser construída en tiempo de Francisco I. Despues de haber pasado la primera puerta, en cuyo din-

tel todavía se conocen las señales del rastrollo, se penetra en un vestibulo que da sobre el patio; desde la plataforma del castillo se goza de una magnífica vista que se estiende sobre la campiña de la rica Limagne.

Este castillo se consideró inexpugnable hasta la época en que Guí de Dampierre se apoderó de él en tiempo de Felipe Augusto. Carlos de Apchon, que era gobernador, lo defendió contra los ligueros en 1390, y pereció con las armas en la mano en una salida. Fue sitiado de nuevo el castillo, tomado y quemado en parte por los mismos ligueros en 1594.



(Castillo de Tournoel.)

CAPILLA ANTIGUA DE SANTA FÉ.

Incluida en el mismo convento de Comendadoras de Santiago que existe en la ciudad de Toledo, se ven los restos de un antiguo y respetable monumento, cuya fábrica se remonta á los primeros años de la conquista. Su sólida construcción, toda de aquel durísimo ladrillo que usaban los árabes, su forma exterior y ornato árabe, aunque con alguna degeneracion, llama la atención del curioso observador de antigüallas, y si á esto se añade la parte histórica del origen y vicisitudes de este resto venerable, el interés se aumenta y da materia para que sobre ello dediquemos algunas líneas en esta publicación, comenzando desde la época misma de la ereccion de esta capilla.

Durante la dominacion de los moros en la ciudad de Toledo, consta por gran número de documentos, que edificaron para morada de sus reyes unos suntuosos palacios que ocupaban todo el ámbito donde hoy estan los conventos de Comendadoras de Santiago, hospital de Espósitos, convento de la Concepcion, y gran parte del arruinado de Carnelitas calzados. Quizá en este mismo sitio estuvieron igualmente y en época mas anterior los alcázares que consta mandó construir Wamba para dar mayor realce á la espléndida corte del gran imperio godo. Razonos hay para ello que no son de este lugar. Pero dejando esto á un lado y volviendo á nuestro primer propósito, diremos que, en el momento de capitular la ciudad y abrir sus puertas á las victoriosas armas del conquistador y rey de Castilla Alfonso VI, le fueron entregadas por artículo especial, juntamente con las llaves de las puertas y puentes, las de aquellos alcázares y las de la gran casa de recreo cuyos restos hoy subsisten en la huerta llamada al presente del Rey.

En los documentos mas cercanos á la indicada época se llaman aquellos edificios *Palacios de Galiana*, y sobre esta denominacion, los falsos cronicones por un lado, y los libros de caballeria por otro, han forjado cuentos y consejos; nuestros antiguos poetas han formulado romances, y entre unos y otros han oscurecido el verdadero origen y causa de llamarse *Palacios de Galiana* á la régia morada de los soberanos árabes de Toledo. Sobre esto podría darse alguna luz en medio de la oscuridad histórica que rodea á tan antiguos períodos; mas no siendo semejante investigacion el principal objeto del artículo, la dejamos para otro en que venga mas á propósito.

Lo que hay de pasivo es, que una vez hecho dueño D. Alonso de todos estos edificios, que ya tenia bien reconocidos durante su permanencia en Toledo cuando huyendo de la ambicion de su hermano Don Sancho tuvo que refugiarse y ser huésped del rey Al-Maimon, fundó en una parte de ellos el monasterio de Benedictinas de San Pedro de las Dueñas, cuyo local justamente es el que ocupa el hospital de Espósitos, erigido sobre las ruinas de aquel, y el resto se reservó para sí.

Posteriormente el rey D. Alfonso VIII, agradecido á los servicios que le prestó la orden de Calatrava, siendo su sexto maestro D. Raynó Díaz de Aquino, y deseoso de aumentar sus prioratos, le cedió el 1210 para uno de estos otra gran parte del alcazar moro, que ocupaba lo que hoy los conventos de las Comendadoras de Santiago y la Concepción Franciscana, y en la misma escritura se dice haber sido aquello *Palacio de Galvano*.

Hacia la referida donación al maestro y su orden, luego este mandó hacer allí una iglesia con título y nombre de Santa Fé, ordenando residiesen en ella cuatro frailes clérigos con quien se confesasen los caballeros estando en Toledo, y para que en la capilla se enterrasen las personas de la orden que muriesen en esta ciudad ó cerca de ella.

La santa á quien estaba dedicado aquel templo (cosa que pocos saben) no es muy conocida en España, y si célebre en Francia bajo el nombre de *Santa Fides*, pues en tiempos del rey Carlos el Simple, por el año 900, consta se trasladó su cuerpo desde Agen, en la Aquitania, al monasterio Congaense de Rodes. La memoria de esta Santa llegó á España en el siglo XI con los monjes franceses que bajo el papa D. Bernardo á petición de Alfonso VI, y su rezo se introdujo en Toledo en el pontificado de aquel, y antes de ese tiempo no se encuentra el menor vestigio de esa santa en los breviarios y sacramentales mas antiguos.

Debido haber mucha devoción en la ciudad con esa antigua Iglesia de Santa Fé, pues en los archivos de la catedral de Toledo constan dos documentos notables que lo acreditan: uno es un Buleto de Clemente IV en que concede indulgencias á los obispos de Cuenca, Sigüenza y Toledo para los que concurren á la reconsagración de la iglesia de Santa Fé; otro es un pergamino sellado de un obispo de Ceuta, fecha en el año 1266, en que concede cuarenta dias de indulgencia á los que concurren á la dicha obra, de lo cual se deduce que por este tiempo se trataba por los caballeros de Calatrava el reedificar la iglesia de su priorato, para cuyo fin lograron tan piadosos estímulos.

Por los tiempos de Alfonso el Sabio consta igualmente que este príncipe intentó dar en cambio y permuta del alcazar llamado de Santa Fé, que era lo que ocupaba el priorato, unas casas que fueron del obispo de Cuenca D. Gonzalo, hijo de otro D. Gonzalo arzobispo de Toledo á la sazón, que son las que hoy ocupan las ruinas del convento de Agustinos calzados, expresando el rey en la escritura que se obliga alcanzar licencia para que la orden de Calatrava pueda tener iglesia con Sacramento, y enhierras en aquellas casas que él le da, de la manera que lo tenia en el alcazar de Santa Fé. Pero antes que esto llegase á verificarse, el infante D. Sancho su hijo, que se alzó con la gobernación del reino, dejó el alcazar á la orden y no hubo innovacion.

En el capítulo general de la orden celebrado en Calatrava el 1397, siendo septuagésimo tercero maestro D. Gonzalo Nuñez de Guzman, consta que entre otros prioratos fué expresado este de Santa Fé.

Esta duró hasta el año 1394, en que los Reyes Católicos alcanzaron licencia en el capítulo general celebrado en Tordesillas, como perpetuos administradores de la orden, para que el edificio del priorato y demás contiguos que constituían lo llamado alcazar de Santa Fé, y en los que ya se comprendía la casa de la moneda, le fuese cedido para trasladar allí á las comendadoras de Santiago, que habia hecho venir de Santa Eufemia de Cozollas el 1438 con facultad de Inocencio VIII, dando en cambio á la orden por dicho alcazar con su Iglesia la sinagoga mayor de los judios, que hoy conserva con la advocacion de San Benito, llamada vulgarmente Nuestra Señora del Tránsito.

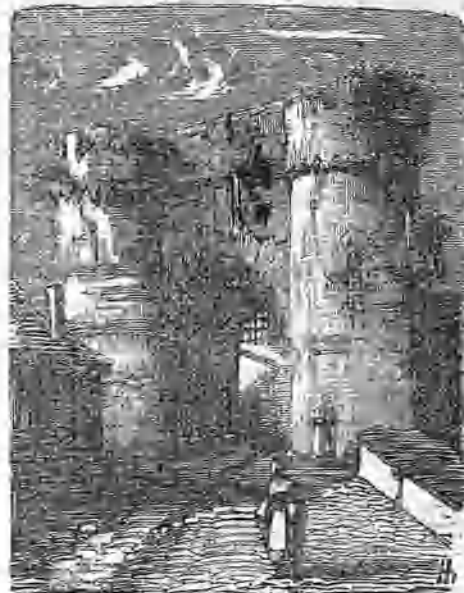
Posteriormente, reinando ya Carlos V, ampliaron las monjas su local, y haciéndolo casi nuevo, con iglesia en la forma que hoy está, quedaron destruidos todos los edificios antiguos que constituían el priorato, y solo quedó la antigua capilla de Santa Fé, refundida entre lo nuevo del convento, y que desnuda de cuantos ornatos interiores la enriquecían, servia hasta hace poco de enterramiento á las monjas.

Con todo, lo poco que ha quedado de este antiguo templo es notable, ya por su firme y antigua construcción, que debe fijarse á principios del siglo XIII, ya igualmente por su forma octógona y clase de ventanas, de un gusto, quasi bien en su totalidad árabe, tiene parte de otro carácter que los cristianos mozárabes imprimieron á sus edificios religiosos para darlos alguna distincion con los mozárabes. También son dignos de notarse los arcos y cancellos de la parte superior, iguales en un todo, y quizá copiados de los que se ven en la puerta del Sol de esta misma ciudad, cuya arquitectura es de todo punto árabe. Los edificios que por fuera se han unido á esta capilla impiden ver las restantes octavas del ábside, y los muros laterales, que sin duda alguna formaban armata con lo demás que existe.

En el siglo XVII, en sus últimos años, segun antiguas relaciones, el interior de esta capilla era digno de admirarse por los techos adornados, baldos y follajes que cubrían sus muros, lo cual ha desaparecido con los reparos posteriores, como igualmente ya no existen gran número de inscripciones y antiguos sepulcros que allí habia de varios caballeros de Calatrava, que tenían lapidas y monumentos.

Segun un catálogo que poseemos de antiguos epitafios sepulcrales de iglesias de Toledo, consta que en esta capilla de Santa Fé yacian sepulturas frey Fernán Lorenzo Gallinato, clávero que fué de la orden y criado del infante D. Juan, hijo del infante D. Manuel, y frey Hamir Lorenzo, su hijo, que aumentaron con donaciones las rentas del priorato, y otros muchos caballeros, de los que se ha perdido el recuerdo una vez abandonado totalmente este monumento, que á no estar incluido en el convento de las monjas, que aun en memoria conservan la denominacion de Santa Fé, hubiera dejado de existir, como otros muchos cuyos restos ya son insignificantes.

NICOLÁS MAGAN.



PUERTA MILITAR EN VESELAY.

Esta ciudad, situada en el departamento del Yonne, en Francia, fué fortificada hacia el fin del siglo XI; dentro de sus muros se celebró en 1143 el famoso concilio presidido por S. Bernardo, donde se decidió la segunda cruzada; sirvió en 1190 de lugar de reunion á los ejércitos de Felipe Augusto y de Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra, que debian marchar á Palestina. Se entra en la plaza por dos puertas: la de San Esteban, que conduce á Clamecy, y la puerta falsa que dirige á Auxerre. La primera se encuentra entre dos especies de murallas redondas que ofrecen el aspecto de las antiguas fortificaciones y presentan un interés histórico muy notable.

COSTUMBRES ARABES.

LA HOSPITALIDAD BAJO LA TIENDA.

Quando se viaja por el interior de la Argelia, lo que mas llama la atención es la ausencia del hombre. Por todas partes hay desiertos y yermos, pero mas aun en el pais intranito, designado con el nombre de Tell, que en las regiones alabáricas, es decir, en el *Danerio* propiamente dicho. Con mucha frecuencia se hacen cabalgadas de un dia, que si bien generalmente son lentas, no están interrumpidas á través de las lentiscas, de los gamones y de los cardos de alto tronco, sin que la vista del europeo, acostumbrado á encontrar por cualquier camino del antiguo mundo toda clase de escenas animadas y vivas, pueda deleitarse en ningun vestigio humano. El placer ardiente de la locomocion recibe allí un golpe mortal. Lo mismo en un pais bárbaro que en otro enemigo, el hombre siempre necesita de su semejante. Algunas veces se divisa muy lejano, gracias á la transparencia de la atmósfera, un terrano cubierto de manchitas negras, que se le mirarian por montones de estiércol si se ignorara que los árabes no reconocen otro honor que la incineracion de la tierra, quemando los arbustos secos espontáneamente. Semejantes manchas no son otra cosa que tiendas, y con poca esperiencia puede distinguirse un *aduar* entre aquellas reunion de puntos negrosos muy parecidos á esos excrementos anchos que dejan en las praderas los rebaños de ganado vacuno.

Es de esperar que pongan el grito en el cielo con motivo de este cimil los amantes de la poesía; pero no hay otro medio en descripciones de esta índole que pedir antes perdón y seguir cada cual el método que mejor le parezca.

Por poca lisonjera que sea desde lejos el aspecto del campamento árabe, no sucede así al acercarse á él, porque anuncia la conclusión de una jornada terrible á través de montes y valles, cuya situación pintoresca no compensa siempre suficientemente el aburrimiento y las fatigas del viajero.

El aduar en Argelia viene á ser una posada hospitalaria, donde tiene entrada lo mismo el que se apea de una diligencia, que el infeliz que debe á sus piernas el haber hecho la jornada. Para dar fin á estas divisiones y evitar toda equivocación, conviene advertir que el aduar de los árabes corresponde aquí á un caserío ó fragmento de concejo rural. El concejo es entre ellos la *dashrah* ó aglomeración de aduares, y aquellos á su vez forman la *tribú*, que según el número de su población y su perímetro, equivale entre nosotros al barrio ó distrito. Siguiendo la escala, hay también partidos (*cauidados*), los cuales se reúnen en departamentos (*cahifados*) bajo la autoridad civil y militar de un comandante superior.

No carece de fundamento cuanto se ha hablado acerca de la virtud hospitalaria del árabe; pero bueno es considerar también otro género además que conservan los hijos de Ismael.

Dejemos aparte á los que despluman al huésped que cae por su banda, teniendo buen cuidado de esperar, por respeto á la hospitalidad, que haya salido del sitio en que se ejerce la virtud santa. En todas partes ha y bandidos, y lo mismo se practican ciertos ritos entre árabes que entre cristianos. A propósito de esto, se lee un pasaje curioso en las memorias de Mr. Prax, sobre el interior de la Argelia. Dice que llevando cierta comelion del litoral á la frontera del desierto, un pobre caminante musulmán, sin mas equipaje que su extrema miseria reflejada en su traje y semblante, entró á la primera estacion en una tienda donde se le ofreció el *kuskuk*. El obsequio era detestable; pero en fin, estando todos comiendo, observó su patron que llevaba un turbante muy blanco, y le insinuó que si se lo tirara, podría hacer una camisa á su niño más pequeño. El viajero conoció adónde llegarían tales insinuaciones si continuaba mas en la tienda, y fingiendo una necesidad salió de allí y escapó, merced á las tinieblas de la noche, si bien con peligro de ser devorado por los perros, que son peores que lieñas. Otros muchos ejemplos podrian citarse para probar la manera dudosa con que se practica la virtud musulmana por escasez.

El mas honrado de los árabes se libertaria por su gusto de las incomodidades y aumento de gastos ocasionados en su modesta tienda á la llegada de un desconocido. Ya puede decirse que es bueno el patron que arregia sus costumbres en un todo á las nuestras, y si nos recibe con dulzura, si se molesta por nosotros con agrado, debemos estimar tanto mas su liberal hospitalidad, cuanto que le es en extremo importante por sus ideas, por su natural sobriedad y por la compañía de las mugeres.

Como á pesar de los grandes progresos que ha conseguido en Argelia la seguridad pública, seria aun mas que temerario recorrerla ó sola, resulta que los infelices habitantes de los aduares situados en los puntos de gran comunicacion interior, tienen con mas frecuencia que desear la desagradable sorpresa de ver llegar á sus caballos grupos de caballeros bastante respetables por su número para dejar de obsequiarlos, á los cuales se vea en la necesidad de alojar, dar algun refrigerio y servir en fin como criados en lo relativo á la limpieza de personas y caballerías. Una vez dispada la primera emocion, ó la echan de valientes, ó se resignan como fatalistas con la voluntad del Alférez, que les hace en tales dias ver hasta los huesos por pasadotes impertinentes. En un abrir y cerrar de ojos dejan vacía la tienda mas hermosa y la ponen al servicio de los extranjeros. Algunos de estos que llevan provisiones tienen la delicadeza de reducir los víveres que al punto se les ofrece. Si así sucede, se lanza las unas en la cocina, y al cabo de dos horas (tiempo indispensable para confeccionar el *kuskuk*) se presenta á los viajeros la comida servida en un perol de madera del modelo más antiguo. No es la peor esta hospitalidad casual, aunque sometida á las variaciones de lugares, horas y circunstancias, pero ordinariamente ante un buen número de pobres labradores. Sin embargo, por pobres que sean no permiten que se les indemnizé; ofreciéndoles una retribucion es una grave ofensa que conviene evitar. Una regla de decoro les prohíbe no solo que el anfitrión tome parte en la comida que ha preparado, sino hasta convidar á ella. Su deber consiste en servir al huésped, animarle para que coma, y cuidar él mismo, por elevad que sea su dignidad, de que halle bajo su techo de pelo toda la abundancia y cuantas comodidades sean compatibles con la situación del nombre que pesche y los recuerdos de la jornada.

Si se sienta al lado de su huésped al final de la comida, ha de haber mediado antes su invitacion espresa. Como apenas se visita en Africa

sin llevar la cafetera y el café, elemento indispensable de una buena bigena, la laza y el cigarro, ofrecidos y aceptados desinteresadamente, constituyen el lazo sociable que une á los hospedados con el amo de la tienda. Los cigarros y el café son para los aldeanos graves lo mismo que es lo segundo para los campesinos de nuestras miserables aldeas. Solo entre los grandes es el cigarro el complemento indispensable de un banquete. El huésped que tiene alguna experiencia lo ofrece por sí mismo al dueño de la tienda donde ha comido, cuyo acto le hace olvidar mas que nada los gastos é incomodidades ocasionadas por la visita imprevista. La menor bagatela, varios terrones de azúcar, una trufeteria cualquiera dada á los niños de la vivienda acaban por dejarle contento y tranquilo. Si á esto se añade otra friolera para el amo de la casa á quien no se ha visto, pero que ha tenido buen cuidado de examinar á su huésped por los claros de la coladora que divide la tienda en dos partes faltando al ginéceo y á la cocina, el buen humor del jefe de la casa de pelo no reconoce límites, y se tiene la satisfaccion al montar á caballo de ver desaparecer completamente de su semblante la impresion desagradable que al principio le causara una visita repentina.

Llegamos ahora á la hospitalidad oficial, entendiendo por ella no solo la que se pide, sino la que se exige por las dependencias públicas de los árabes á los califas, á los caides y á los chaires de los puntos del tránsito. Las cartas de introduccion ó de orden de tales dependencias equivalen en casos semejantes á los firmantes que dan los papeles otomanos á los privilegiados que estiman con especial predileccion. Ejercen las dependencias árabes tal prestigio é influencia en todo el país, que merced á sus cartas de orden ó recomendacion, se disfruta en las expediciones de cuanto puede apetecerse. Son un talisman que permite recorrer con toda la seguridad posible las diversas tribus árabes, sin experimentar tantas hostilidades como amenazan al que no se halla en este caso. Por lo demás, forma parte de las cargas previstas que tienen las dignidades conferidas en nombre de la Francia, bajo la denominacion de *diffa y diffa* (alimento de hombres y forraje de animales) una larga hospitalidad á los huéspedes recomendados por ellas. Todos los administradores concurren con una gran parte á este tributo eventual, cuya distribucion es materia del jefe. Además las dependencias sostienen por su cuenta en cada plaza de alguna importancia un *dar-diaf* (casa hospitalaria), *kharcantaré* destinado á recibir á sus viajeros indígenas, donde se les da de comer gratuitamente. Se hace mas todavía con los recomendados: cuando lo permiten el tiempo y las distancias, envian correos avisando á los jefes del itinerario proyectado. Entonces salen al encuentro de los huéspedes á medio cuarto de legua de su capital ó de su *amala*, y después de un y mil cumplidos, que entre los orientales son interminables, se vuelven todos á las tiendas. En ellas tienen preparadas esteras y almohoras de Lichana para que descansen los viajeros, y les hacen descargar y acomodar todo su equipaje. Sirven acto continuo leche de ovejas y dátiles, y después una especie de bollos para abrir el apetito. Por la tarde disponen la comida, compuesta de algunos potajes aderezados con las especias mas fuertes, de modo que al tomar dos ó tres cucharadas se siente un volcan en el estómago. Para aplacar el ardor se bebe en vez de vino, que no hay, una agua muy opaca y con un olor á cuerno que trasciende.

La hospitalidad de orientacion se debe únicamente al convite espreso de los altos dignatarios del país. Aquí es donde se admira la magnificencia y suntuosidad oriental, que resulta de una manera admirable con la miseria que reina en las demás tiendas.

En la tienda *marabú* de un califa (es una pieza circular con lambrequinos en el techo) se ve remindo cuanto puede hacer cómoda y voluptuosa la vida de un jefe oriental: espesas y blandas almohoras, colgaduras de seda, mesas y sillones de gusto, camas con cortinajes de gasa, una larga fila de sofés, en vez de consolas, labrados de clavos con la cabeza de diamante; sabe Dios, en fin, las riquezas que suelen haber reunidas en armas, ómoro, alhajas y adornos.

En la comida son tan espléndidas como en el lujo de sus habitaciones, sirviéndose á los convidados multitud de platos diversos, cuya mayor parte son de lo más delicado y esquisito.

EL INFORTUNIO.

(A VERDADA Y LA QUERREDA.)

¡Castigo á llorar venigo!... El alma mia de ternura y dolor se oprime al verte, porque sabe, infelice, la negra historia de tu negro infortunio. Alas tus que, ve mis abiertos brazos que te esperan, y arrojate en mi seno; Si el latido de mi angustiada corazón, si el eco

de mi turbada voz dulce respiras,
 si esta furtiva lágrima que baja
 quemando mi mejilla, puede un tanto
 aplacar el rigor de tus dolores,
 en medio de mi afán seré dichoso.
 Yo no sé tributarte en tus desdichas
 sino una triste y dolorosa ofrenda
 de suspiros y lágrimas... olvido
 mis propios infortunios, y consagro
 el llanto que mitiga mis pesares
 para llorar los tuyos. ¿Qué mas puede
 hacer mi corazón sino ofrecerte
 su tesoro de lágrimas, que forman
 la mitad del consuelo de mi vida?

Ha mucho que en tus ojos, donde apenas
 brilla la clara luz que en otro tiempo
 inundaba tu rostro de alegría,
 ha mucho en ellos descubrió mi alma
 el tormento cruel que te consume.
 Entonces comprendí por qué en mi pecho
 resonaba tu voz tan amorosa,
 por qué de mi amistad el tierno lazo
 me llevaba hácia tí... ¡Don lamentable
 de los que lloran tristes en la tierra!
 Nuestras heridas almas, sucumbiendo
 bajo el peso de iguales desventuras,
 eran hermanas de dolor, y acordadas
 en amargos suspiros prorumpían
 como del arpa las sentidas cuerdas
 que en eco fiel unisonas responden.

Mas perdona... Del triste privilegio
 de padecer y de vivir pensando
 con nadie cual contigo la fortuna
 se mostrara tan pródiga. Tú solo
 cifras en tí la perdurable historia
 de los males del alma!...

No parece
 sino que al despuntar la luz primera,
 genio de muerte con sus negras alas
 se cernió sobre tí, sopló en tu vida
 su aliento abrasador, y en tu camino
 tornó en cenizas las risueñas flores
 que embellecen la senda de la infancia.
 Cuando en sus tiernos años las delicias
 del hogar de tus padres cariñosos
 á gustar comenzabas; cuando alegre
 las fértiles llanuras recorrias
 de tu tierra natal, y en aquel campo
 y en aquellas montañas coronadas
 de frondosos castaños y altos robles
 dejabas ya volar el pensamiento
 con los primeros sueños de la vida,
 mano invisible te arrancó violenta
 de tan gratos lugares, — dulce asilo
 de la verdad y de la paz del alma, —
 y te entregó cruel al seno impuro
 de esta mezquina sociedad que solo
 pagó con el escarnio tu inocencia.
 Herido por el mal, buscaste amparo
 en la fé del amor... ¡Vano delirio!
 Como el amor no mora en la impureza
 de este valle de lágrimas, tan solo
 respondió la muger á tu ternura
 con mentira ó desden; y cuando al cabo
 de prodigar tu incienso y tus ofrendas
 ante mentidos ídolos, hallaste
 un ángel que te amara, y á tus ojos
 nuncio fuera de paz y de alegría,
 la ausencia eterna de tus dulces brazos
 le arrebató... ¡Con él fué tu esperanza!

Y la amistad, ¿qué fué para tu pecho?
 ¡Hallaste acaso en ella la ternura,
 la santa abnegación que hace una sola
 de dos almas unidas? ¡Cuántas veces
 en tu pobre morada sepultado
 no lloraste con lágrimas de sangre
 decepciones horribles! ¡Cuántas veces

no creiste morir bajo del peso
 que echaron sobre tí los desengaños!

¡Y la gloria; oh hermano, y esa falsa,
 y esa falsa sirena que engañosa
 te hizo cruzar los mares de la vida,
 y en vez de conducirte á puerto amigo
 te entregó á los escollos y á la muerte!
 Tú, que en el noble corazón llevabas
 el impulso á lo grande, y en tu frente
 la inspiración del vate arder sentias;
 tú, que en fé generosa arrebatado
 solo á lo noble y bello consagraste
 los himnos de tu lira; en justo premio,
 ¿qué galardón del mundo recibiste?
 ¿Dónde están los laureles que gloriosa
 ciñó á tus sienes la mezquina fama?

Este eres tú... Mas ¡ay! aunque sin tregua
 te persigue implacable la desdicha,
 aunque tu rostro pálido y marehito
 dice la herida que en el alma llevas,
 es aun mas grande que las penas todas
 tu generoso corazón. Bien hayas
 tú que en medio de tantos infortunios
 sabes vencerlos y á tus piés hollarlos
 como un guerrero á sus vencidos ata
 á su carro de triunfo. Sigue, sigue
 luchando y dominando á tu enemigo;
 no pretendas reposo, que en la tierra
 no lo hallarás; mas si con fé combates
 y llamas en tu ayuda al que los astros
 rige á su voz, en tu agitada vida
 brotará alguna fuente de consuelo,
 como suele al cansado peregrino
 en el desierto aparecer la palma.

Y ya que llevas en tu mente el número
 de Rioja y de Herrera; ya que ensalzas
 cuanto de noble y grande hay en el mundo,
 nana, que los sonidos de tu lira
 disiparán las nubes de tristeza
 que oscurecen tu mente, como el soplo
 del aura matutina aclara el cielo.
 Canta ese sol que brilla en las alluras,
 canta ese mar que bramó ó que sonó,
 esas verdes campiñas, esas nubes,
 esas aves que cruzan el espacio.
 Y si quieres alzarte á las regiones
 en que el santo entusiasmo nunca muere,
 canta ese amor que al hombre purifica
 y á su patria inmortal fiel le dirige,
 canta esa diestra que del turbio caos
 sacó los orbes que el espacio hienden.
 Canta y espera, que la suerte ingrata
 presto tal vez te mirará propicia,
 presto tal vez la fama clamorosa
 ceñirá con sus lauros tu cabeza.
 ¡Oh hermano! así mi corazón me dice,
 y nunca en vano resonó en mi pecho.
 Si fué así tu porvenir; si el día
 de tu felicidad al fin despunta;
 como lenguaje mudo y elocuente
 de mi amistad mas grande que mi alma,
 por tí serán mis lágrimas de gozo,
 cual hora son de pena y de amargura.

Octubre, 1832.

ANTONIO ARNAO.

¿Qué es un filósofo? un hombre que opone la naturaleza á la ley,
 la razón al uso, su conciencia á la opinión y su juicio al error.

El día mas perdido de todos es aquel en que no se ha reído.

Los malvados hacen algunas veces buenas acciones; se puede decir
 que quieren experimentar si es verdad que esto causa tanto placer
 como dicen los hombres honrados.

Celebridad es la ventaja de ser conocido de los que no os conocen.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.
 Madrid.— Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra